

# Militares y política en la Venezuela de Hugo Chávez Frías

---

Herbert Koeneke R.

**U**BICAR AL GOBIERNO DE HUGO CHÁVEZ DENTRO DE LAS CLASIFICACIONES o tipologías de las relaciones civiles-militares, no es tarea sencilla. Y no lo es porque si bien él accedió a la Presidencia de la República gracias a elecciones libremente realizadas en diciembre de 1998 y julio de 2000, su manejo invasivo de las Fuerzas Armadas Nacionales (FAN), en las que permaneció como oficial activo hasta 1994, lo acercan a los sistemas de gobierno pretorianos con fachada democrática, es decir, a regímenes híbridos. De hecho, uno de sus asesores internacionales, el desaparecido sociólogo argentino Norberto Ceresole, se refirió a su gobierno como una «posdemocracia» en la que habría de establecerse una relación básica entre el caudillo nacional y una masa popular «absolutamente mayoritaria», con la ulterior aparición de un partido cívico-militar que actuaría como agente secundario del proceso revolucionario<sup>1</sup>.

Basándonos en estos antecedentes y volviendo la vista a sus seis años de gestión, no resulta aventurado proponer que el de Chávez es un gobierno personalista y disolvente de la institucionalidad democrática, que busca asegurarse el control del aparato militar a través de los modelos que Eric Nordlinger denomina «de penetración» y «tradicional»<sup>2</sup>.

En el primer modelo, cuya concreción más evidente son los regímenes comunistas, la administración civil adoctrina a los militares y se vale de comisarios políticos para controlar a la institución armada. Dentro de esta línea, Chávez, desde su llegada al poder, ha convertido en obligatoria la anteriormente optativa instrucción premilitar en la educación media; ha actuado personalmente como profesor de ética de los cadetes de la Escuela Militar, y ha ordenado a la Dirección de Inteligencia Militar (DIM) que identifique y clasifique a los oficiales en «revolucionarios», «institucionalistas» y «disidentes»

---

<sup>1</sup> Caudillo, Ejército, Pueblo. *La Venezuela del Comandante Hugo Chávez*. Estudios Hispano-Árabes, Madrid, 2000.

<sup>2</sup> *Soldiers in Politics: Military Coups and Governments*. Englewood Cliffs, Prentice-Hall, NJ, 1977.

con el fin de decidir quién puede ascender y quién debe ser sometido a programas de ideologización<sup>3</sup>.

Con respecto al modelo tradicional, cabe señalar que sus promotores enfatizan la similitud de intereses clasistas entre las élites política y militar como la clave del control civil. Según Nordlinger, las monarquías absolutas de los siglos XVII y XVIII, con sus intereses aristocráticos compartidos, tipifican este esquema. En Venezuela, se ha tendido a considerar a las FAN como expresión mayoritaria de los sectores populares, para los cuales la institución sirve de canal de movilidad o progreso económico. En cuanto al origen social de quienes han ejercido el liderazgo político a partir de 1958, se identifica en lo fundamental con las capas bajas y medias de la población, de las que surgieron, durante la década de los 40, partidos policlasistas, como el socialdemócrata Acción Democrática y el socialcristiano COPEL.

Si bien estas consideraciones clasistas se habían planteado en círculos políticos y académicos antes de la llegada de Hugo Chávez a la Presidencia, es a partir de entonces cuando dejan de ser conjeturas sociológicas y se convierten en instrumentos retóricos y proselitistas puestos al servicio de su consolidación en el poder. Ya en 1995, en entrevista con el historiador Agustín Blanco Muñoz, Chávez había expresado: «Del ejército venezolano se podrán decir muchas cosas, pero uno de los signos históricos que se ha mantenido (sic.) es que es un ejército que aunque muchas veces va contra el pueblo, se nutre de las barriadas, de los campos, del pueblo en general»<sup>4</sup>. Su carácter popular habría sido, no obstante, traicionado por una alta oficialidad egoísta y corrompida que se da «la gran vida y no cumple con las reglas mínimas de la obligación militar»<sup>5</sup>.

Una traición similar se habría producido en el mundo político, según la visión chavecista, que ha servido para equiparar históricamente a los distintos gobiernos: «Creo que en el fondo es esencialmente lo mismo, el mismo esquema de dominación con otra cara, bien sea un general Gómez o un doctor Rafael Caldera. Pero detrás de esa figura, ese caudillo, con gorra o sin gorra, a caballo o en Cadillac o Mercedes Benz, está el mismo esquema dominante en lo económico, en lo político, la misma negociación de los derechos humanos, del derecho de los pueblos a protagonizar sus destinos»<sup>6</sup>.

Esta oligarquización de los gobiernos y de las FAN debe, dentro del proyecto político de Hugo Chávez, hacerse desaparecer. Desenlace para el cual, como les planteó el año pasado en arenga pública a efectivos militares que desfilaban en Fuerte Guaicaipuro, «ustedes tendrían entonces que escoger, con los fusiles en la mano, qué hacer, hacia dónde apuntar los fusiles, si al pecho de la oligarquía traidora o a los pechos del noble pueblo de Venezuela».

<sup>3</sup> *Tal Cual*, 19 de julio de 2001.

<sup>4</sup> *Habla el Comandante*, UCV, Caracas, 1998, p. 38.

<sup>5</sup> *Ibíd.*, p. 120.

<sup>6</sup> *Ibíd.*, p. 199.

En pocas palabras, los políticos y militares que al encumbrarse olvidan y traicionan sus orígenes populares, deben ser enfrentados y reemplazados por revolucionarios honestos y fieles a sus raíces. Con lo cual se consolidará una comunidad de intereses clasistas entre el mundo civil y el militar, que permitirá alcanzar una relación fluida y armónica entre sus integrantes.

#### DEL DICHO AL HECHO

Aparte de las acciones de «filtraje» de las listas de ascenso de los oficiales no revolucionarios y de los programas de adoctrinamiento de liceístas y cadetes, la política castrense del gobierno se ha basado también en otras estrategias que persiguen despertar y fortalecer lealtades hacia Chávez como encarnación del «caudillo nacional» aludido por Ceresole.

Una de éstas fue el incremento drástico, durante sus tres primeros años de gobierno, de ascensos a oficiales de alto rango, sin las plazas vacantes correspondientes. Así, en julio de 1999, mientras 121 oficiales pasaban a retiro por tiempo de servicio prestado, el Presidente aprobaba el ascenso de 268 altos oficiales (coroneles, capitanes de navío, generales de brigada, contralmirantes, generales de división y vicealmirantes). Al año siguiente, 328 alcanzaron alguno de esos rangos, cifra que declinó a 321 en 2001, pero en la cual se incluyó el ascenso al grado de general en jefe, que no se confería desde mayo de 1941, al general de división Lucas Rincón Romero. En ambos casos, el número de pases a retiro se situó en alrededor de 120, lo que arrojó un claro excedente de altos oficiales, no pocos de los cuales debieron ser designados para cargos de la burocracia civil y del servicio exterior. Muchos de esos ascensos se apartaban de las listas de méritos elaboradas por las juntas permanentes de evaluación de las cuatro fuerzas, pues el objetivo de los mismos no era la profesionalización, sino la creación de vínculos de gratitud y sujeción personalista al presidente y comandante en jefe de las FAN. También parece haberse tomado en cuenta la pobreza del núcleo familiar de los ascendidos, como lo sugieren las entrevistas realizadas por Marta Harnecker a nueve oficiales a propósito de los eventos de abril de 2002<sup>7</sup>.

Ese año las cosas cambiarían notablemente, luego de que en la madrugada del 12 de abril se produjera una breve salida de Hugo Chávez de la Presidencia. El día anterior, una multitudinaria marcha opositora que se dirigía al Palacio de Miraflores, sede del poder ejecutivo, había sido emboscada por francotiradores que causaron veinte muertos y más de cien heridos. Horas más tarde, según anunció públicamente el general en jefe Lucas Rincón Romero, él y los otros miembros del alto mando militar le solicitaron al Presidente la renuncia del cargo como consecuencia de esos deplorables hechos, «la cual aceptó».

<sup>7</sup> *Militares junto al Pueblo*, Vadell Hermanos, Caracas, 2003.

Restituido en el cargo dos días después, Chávez reevaluó su política militar. En materia de ascensos, el número aprobado en julio para la alta oficialidad se redujo de forma drástica. Ello obedeció básicamente al hecho de que habían sido oficiales de alta graduación los que se habían pronunciado por su salida de la Presidencia. La apertura de consejos de investigación y una «purga» de esos mandos, complementaron las acciones de represalia y las preventivas emprendidas por él. La Sala Plena del Tribunal Supremo de Justicia (TSJ), sin embargo, decidió el 14 de agosto que no existían razones suficientes para enjuiciar por rebelión militar a los generales y almirantes que se habían declarado en desobediencia, y que habían apoyado la solicitud de renuncia hecha al Presidente. Chávez declaró entonces que los magistrados del TSJ habían puesto «la plasta». Y el ponente del caso, Franklin Arrieche, ha sido removido recientemente como magistrado del Tribunal por decisión de la mayoría chavecista de la Asamblea Nacional, con el alegato de que había falsificado sus credenciales cuando se postuló a la magistratura.

Otras dos estrategias se han hecho evidentes en la nueva política militar: Desde el segundo semestre de 2003 se ha enfatizado la expansión del cuerpo de reservistas, con un contingente actual de unos 50.000 hombres. Para fines de este año, según el Presidente, la cifra llegará a los 100.000, que es casi el mismo número de componentes activos de las cuatro fuerzas (110.000). Más recientemente, por otro lado, se ha comenzado a gestar la creación de un cuerpo de milicias, para lo cual se organizó un evento informativo en la Universidad Bolivariana de Venezuela (UBV). En el foro, denominado «El proceso de la Revolución Bolivariana», actuaron como ponentes la rectora de la institución, María Egilda Castellanos, Richard Peñalver y Rafael Cabrices, dos de los pistoleros de Puente Llaguno filmados por Venvisión durante la sangrienta marcha del 11 de abril de 2002, y el Consejero de la Embajada de Cuba en Venezuela, Rafael Hidalgo<sup>8</sup>.

---

<sup>8</sup> *El Nacional*, 24 de mayo de 2004.